

De todo y de todos

Magnalia naturæ. — Leamos el final de un importante estudio de D'Arcy W. Wentworth acerca de los grandes problemas biológicos, publicado en diversos números de la *Revista Americana de Farmacia y Medicina*:

La analogía entre las fuerzas orgánicas y las que los agentes físicos pueden producir, todavía conduce a algunos hombres, tales como Stéphane Leduc, a dudar o a negar que haya abismo alguno entre unas y otros, y a sostener que la generación espontánea o la creación artificial de los seres no dista ya más que un paso. Otros, como Delage y muchos más, sólo ven en el contenido de la célula una química complicada; y en la variación, tan sólo un cambio en la naturaleza y disposición de los componentes químicos; o bien se aferran a la creencia en la «herencia», o bien, como Delage mismo, la reemplazan más o menos completamente por los efectos del uso funcional y por el estímulo químico desde fuera y desde dentro. Todavía otros, como Félix Auerbach, aunque manteniendo una teoría física o casi física de la vida, creen que la disipación de la energía en el cuerpo vivo es regulada por un principio guía, a modo de los demonios de Clerk Maxwell; que de este modo la ley de la Entropía, queda invertida para los seres vivientes, y que la Vida misma es aquello que ha sido hecho para contrarrestar la disipación de la energía y luchar contra ella. Berthold, que fué el primero en demostrar la sumisión a las leyes físicas en los fenómenos fundamentales de la división de la célula o la segmentación del huevo, reconoce, casi en las mismas palabras de John Hunter, una cualidad en el protoplasma vivo, *sui generis*, por la cual se realizan su conservación, su crecimiento y su reproducción. Driesch, que comenzó como un «mecanista», ahora, como hemos visto, retrocede directamente hasta Aristóteles, hasta una doctrina doble o triple del alma. Y Bergson, elevándose hasta las altu-

ras de la metafísica donde el biólogo, *qua* biólogo, no puede ascender, nos dice, como Duran, que la vida trasciende a teleología y que las concepciones de mecanismo y finalidad no bastan, y que sólo «vivimos, y nos movemos y tenemos nuestra existencia en el absoluto».

Nos encontramos al terminar a poca distancia del punto donde empezamos.

Con todo el progreso de los conocimientos, con todo el auxilio de todas las ciencias relacionadas con la nuestra, es todavía manifiesto, según creo, que los biólogos de hoy día no están satisfechos, ni mucho menos. Las razones y el razonamiento que satisficieron a las generaciones pasadas, exigen nueva indagación, y de las antiguas soluciones surgen nuevos problemas; y los problemas supremos continúan tan inescrutables como en la antigüedad. Lo que más nos gustaría poder explicar, desafía toda explicación, y la afirmación de que el organismo vivo es un organismo vivo, tiende a seguir siendo la idea y hecho fundamental para el biólogo. Pero esto no nos vale ni nos basta cuando nos acercamos a los problemas de la conciencia y la inteligencia, y al misterio del alma racional, pues estas cosas no son para el biólogo, sino que constituyen el dominio científico del psicólogo.

En la admiración, dice Aristóteles, empieza la filosofía; y más de una vez vuelve el autor sobre el mismo tema. Ahora, como en un principio, la admiración y el asombro son inevitables para el biólogo y para cuantos contemplan el cielo y la tierra, el mar y cuanto en ellos hay.

Y si es cierto que, como dice también Aristóteles, la admiración surge de la ignorancia de las causas de las cosas, no lo es menos que no cesa al descubrir las causas próximas, las causas físicas, las causas eficientes de nuestros fenómenos; pues más allá, lejos de la causa física, está el Fin, la causa final del filósofo, la razón por